

Varios años de aislamiento internacional, han enseñado a una gran parte de españoles a valorar sus posibilidades con escrupuloso discernimiento, a llegar a un aprecio de sus cosas y a sincerarse consigo mismo en lo que a España y a ellos se refiere. La experiencia, dentro de lo dramático del caso, ha sido saludable, y no creemos tenga lugar en mucho tiempo un complejo de supeditación hacia lo exterior como el que, en nuestra desdicha histórica, venía normalmente influyendo en la vida española.



¿No sería mejor para nosotros, en la visión que el extranjero se lleve de nuestra patria, aparecer como estamos, en este trance fecundo de originalidad, en este renacer constructivo, en estos intentos de culminación material y espiritual de una tarea? ¿No es, acaso, hora ya de romper a su vista el molde estrecho de una España cuya fantástica teatralidad, a cargo del ocio achulado de sus comparsas, tanto sirve para encubrir tremendos fallos en nuestro cometido como para eclipsar nuestras virtudes esenciales?



Estemos seguros que lo decepcionante para quienes nos visiten de buena voluntad, que son sin duda lo mejor y más selecto de la internacionalidad, no aquéllos que acostumbran a mitigar el tedio de sus vidas en una continuidad viajera con hambre de sensaciones, será ésta expresión artificiosa de España, y no aquella otra en la que estamos cifrando con orgullo un porvenir mejor para la patria. Y sobre todo, por si esa buena voluntad anda escasa, hagamos que no nos vean como nos quieren, sino todo lo contrario: que lleguen a querernos, juzgando por lo que vean, cuando lo determine una apasionada sinceridad de expresión.



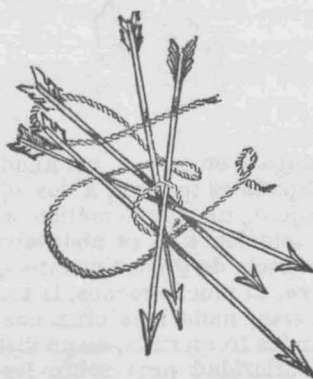
Oración a los caídos en la guerra



Su vida, Señor, fué semejante al relámpago que rasga la nube. La braveza del mar se precipitó contra ellos y naufragaron en esta vida para amanecer en la Eternidad. De la sima de este suelo volaron hacia el día libre y claro. Ya pueden cantar su alborada a Ti. Su vida fué como una nube de otoño, pero les acogió la simple y eterna paz, aquella paz que no tiene víspera ni ocaso porque no tiene fin.

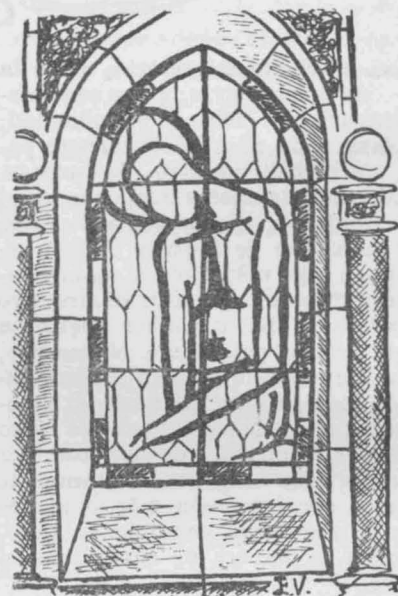
Anduvieron por tu camino con el fuego de la caridad y les has acogido bajo el abismo de tu clemencia. Ya duermen seguros de los vicios a la sombra de la Divinidad. Oréales con tu aliento de vida para que vivan eternamente en tu cumbre.

La braveza del mar negro no pudo romper sus almas y naufragaron en esta vida para amanecer en la Eternidad. Los hiciste fuertes como el ariete del trueno. Existieron, ¡sí!, existieron, pero pasaron como las nubes, como las sombras. Dejaron un reguero de santidad. Rociaron con su sangre el suelo de este mundo por defender los muros de la Fe. ¡Júzgales, Señor, según la justicia de sus obras y dadles



el premio de tu santidad! Haz que vayamos, camino arriba, por su camino y que nuestras vidas sean espejos de sus vidas.

Les zarandearon las rachas aborascadas de esta vida, y en carrera desalada pasaron al Alcázar Celeste, construido de piedras vivas. Pasaron toda clase de calamidades y ahora están firmes en aquella piedra inmovible de tu Divinidad. Confirmales en aquel espíritu fuerte, sólido, pujante, que tuvieron en la vida y abre para ellos el resplandor de la luz eterna.



Los que caminaban a la sombra de la muerte, amanecieron en albos matutinos. Hicieron su vía en noche y tinieblas, pero despertaron en alboradas de luz. Desde una nube pasaron al sol. Ya están bebiendo en el mismo manantial de la Divinidad.

Encienda, Señor, la bella Aurora sus frescos rosicleres, que les robó el día negro de este mundo, y amanezca el lucero de la mañana. A través de este destierro les condujiste a tu tierra, a tu patria, a tu ciudad. Desde esta tierra, oscurecida de tinieblas, pasaron a la tierra esclarecida de tu lumbre. Desde este áspero pedregal, a tus prados de abundancia y amenidad...

JOSÉ GIL GONZÁLEZ